

dotes intelectuales del autor. (Dotes que, en otro género, habrían sido quizá más fructuosas que el conuco de Ramón Leal). Reconocemos también los nobles propósitos de Julio Ramos al querer materializar, o mejor, idealizar, en esta novela las bellas cosas de su terruño. Logró por lo menos esbozar algunos personajes con designios de medallón, como ese «ño» Gabriel, o el zambo Perico, o el mismo Ramón Leal. Pero les faltó acaso soltura, como le faltó el ambiente, a pesar de la abundante nomenclatura, color; el color que fluye de adentro, de las jugosas fibras de la sensibilidad afinada.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At139-13HFP10013>

EL PRIMER HIJO, por *Luis Durand*.

El estímulo municipal de 1934, señaló la paciente y efectiva labor de Luis Durand, al premiar su novela «Mercedes Urizar», con la recompensa anual.

Como ha quedado en repetidas ocasiones enunciado por los miembros del jurado municipal, el objetivo que se persigue al conceder estos premios es doble: se quiere señalar, de una parte, la obra enviada, y, de otra, la labor integral del autor en las letras nacionales como representante de tal o cual género. Dicho en otros términos: el libro presentado al concurso no es más que el pretexto para señalar su labor por su genuina calidad representativa dentro de nuestras letras, amén de los merecimientos artísticos individuales que él pueda tener.

Quedaba subentendido, pues, al premiar la obra de Durand que este autor había realizado durante algunos años, una labor en tal sentido interesante dentro de nuestras letras.

Pero la crítica de entonces no fué unánime al analizar los merecimientos del autor premiado. Le acometió parapetada en un estrecho personalismo venialmente teñido de intelectualismo, señalando deficiencias de estilo y de gramática, sin colocarse

dentro del área de la obra, y no quedó por ninguna parte dicho, en forma apreciable, el verdadero mérito o calidad del autor y su significación.

La crítica no alcanzó a ser crítica, se puede decir, limitándose a su habitual labor de gacetilla digestiva de los domingos.

Con el nuevo libro de Durand tiende a acontecer lo mismo. La crítica que se ha registrado hasta el momento sigue siendo ligera e injusta con él. Torna a irse por las ramas insistiendo en detalles superfluos referentes a la calidad del estilo, sin colocarse en el escenario cordial en que el autor cita al lector. Alguna referencia que ha logrado singularizarse sobre las otras, ha caído en un absurdo mayor: el de discutir los personajes que pone en juego el autor, no por que estén bien o mal hechos, sino, sencillamente, por sus características humanas auténticas, porque son como son.

Mientras tanto el libro se vende, tiene lectores. Y esto conviene resaltarlo, porque hay una razón principalísima que alguien anotó anteriormente señalando la obra de Durand. El público, el grueso público, se reconoce en la obra de Durand y se siente reflejado en ella. Y en este *grueso público*, tan desdeñado por la *élite*, está ubicada la mejor calidad humana para un novelista. Es el anónimo público a que aspira todo buen novelista, porque en él está la base de su popularidad y su significación.

La obra de Durand deriva su valor social y humano de este hecho. Durand hace una novela cuyos personajes están sacados de cierta estrata común, que están dibujados con agudos relieves de realidad, que representan algo efectivo de nuestro medio, sin falsos oropeles y trucos novelísticos. Sus personajes no hay que ir a buscarlos; están en todas partes y como en el caso de Mercedes Urizar, su nombre ha pasado a tomar las características de un denominativo genérico de cierta figura de mujer provinciana muy frecuente.

Queda, pues, tácito el hecho de que el autor no escribe exclusivamente para minorías selectas, irónicas, ociosas e indife-

rentes, curtidas en la gran lectura europea, hábil en la charla de tertulias, de las cuales sale la mayor parte de las veces, nuestro glosador de libros. Durand no es refinado; aspira sólo a ser verídico y simple en su amenidad.

Encontramos en el nuevo libro de Durand, «El primer hijo», —que de él viene siendo ya un quinto o sexto varón— las mejores cualidades que se le puede exigir a un buen escritor chileno de esta hora. Hay la misma fluidez de sus libros anteriores en lo que afecta a la narración; la misma armonía y equilibrio de la factura; las mismas fallas en una que otra frase. Y también reconocemos más vigor y certidumbre, mayor audacia en la construcción del libro y esa total naturalidad de su manera, que como hace poco decía Hernández Catá, en carta al autor, se identifica con «la naturalidad tremenda que a veces tiene la vida en todas sus manifestaciones».

La obra está hecha en la más pura tradición naturalista y sus tipos tienen la crudeza de la realidad. Acumulación de pequeños detalles muy bien observados, que contraen el ánimo, pero exactos, que llevan al lector hacia un terreno sentimental y derrotista como es la psicología del personaje. Una suave sollicitación toma al lector desde las primeras páginas. El libro está hecho de toques delicados y certeros; siempre viene lo natural, lo sólido, lo justo, lo preciso y, sin embargo, inesperado. Está dicho todo lo vulgar en la vida opaca, y no obstante, así dicho, resulta interesante.

Porque Durand ha querido precisamente, dar interés a una tragedia multitudinaria, una tragedia insignificante, una tragedia horrendamente humana: un hombre desgraciado y vulgar (¡quién no es desgraciado y vulgar en trance parecido!) pasa por todas esas vicisitudes terribles y minúsculas, tristes y grotescas—si se atiende a la moral de un personaje a lo Stendhal—de un pobre diablo en trance de tener un hijo con el bolsillo escuálido. Lo que dice, lo que hace, lo que piensa y recuerda este «pobre diablo» en el transcurso de unos breves días, mientras nace y

muere un hijo, he aquí el tema, la obra. Y confesemos que el tema se presta para abusar en muchos sentidos de él. Lo que hay que apreciar en el autor es, precisamente, la certeza para llevarlo adelante sin trascendentalismos, sin retórica filosófica o lírica, ajustándose a la sobria línea de su narración con la perfecta noción de lo que es capaz de hacer para dar sensación de realidad al tema, al personaje y al medio en que vive.

Un esfuerzo así entendido, es fruto de una recia moral de artista. Toda obra acaso no sea más que eso: una experiencia para las posibilidades de su autor y, del mejor o peor resultado de esta experiencia, han de derivarse sus méritos o sus defectos.

Para juzgar a Durand, en consecuencia tendremos que situarnos en el propósito del autor sin intentar la realización de su obra que se infiere fácilmente de su lectura misma.

De este propósito, por las observaciones el interés en la lectura el tipo humano que retrata la naturalidad del relato, la mayor hondura psicológica, el corte más audaz de la factura concebida un poco a la manera de Mauriac, la mayor fuerza de su frase aun no del todo purificada de vulgarismos, resulta una obra de méritos indiscutibles para la crítica, que muy lejos de desmerecer la calidad alcanzada por el autor anteriormente, presenta nuevos aspectos de su personalidad y hace aparecer su obra con mayor interés y densidad vital, como en constante aspiración hacia nuevas fórmulas de técnica que la hagan más profunda, humana y verídica.—HÉCTOR FUENZALIDA.



#### NOTAS por Carlos Vattier

*El Congreso de Escritores de Buenos Aires.—Notas e imágenes, por Domingo Melfi.—Domingo Melfi llevó su cultura viva y el prestigio de su personalidad a Buenos Aires. Su elección como representante de Chile ante el Congreso de Escritores*